

TERNURA Y EMOCIONES: UNA PROPUESTA TEOLÓGICA EN DIÁLOGO CON EL GIRO AFECTIVO CONTEMPORÁNEO

TENDERNESS AND EMOTIONS: A THEOLOGICAL PROPOSAL IN DIALOGUE WITH THE AFFECTIVE TURN

MARÍA CLAUDIA ARBOLEDA PIEDRAHITA

Universidad Católica de la Santísima Concepción

Facultad de Estudios Teológicos y Filosofía

maria.arboleda@ucsc.cl

<https://orcid.org/0009-0006-2097-4971>

Artículo recibido el 9 de abril de 2025;

aceptado el 21 de enero de 2026.

Cómo citar este artículo:

Arboleda Piedrahita, M. (2026). Ternura y emociones: una Propuesta Teológica en Diálogo con el Giro Afectivo Contemporáneo. *Revista Palabra y Razón*, 28, pp. 76-96. <https://doi.org/10.29035/pyr.28.76>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

RESUMEN

En las últimas décadas, el llamado giro afectivo ha transformado profundamente el modo en que las ciencias humanas comprenden la experiencia, el conocimiento y la vida social. Este artículo propone un diálogo entre esa sensibilidad contemporánea y la teología cristiana a través de una categoría emergente: la ternura. A partir de un enfoque teológico-fundamental, se analiza el valor gnoseológico de las emociones, se rastrea la presencia de la ternura en la Sagrada Escritura, se presentan sus implicaciones teológicas desde el pensamiento de Carlo Rocchetta y se reivindica su centralidad en la propuesta pastoral del papa Francisco. Lejos de reducir la ternura a un sentimiento pasajero o decorativo, se presenta como una forma encarnada de amor, una clave hermenéutica para comprender el actuar de Dios y una vía concreta de transformación espiritual y social.

Palabras claves: Ternura – Giro afectivo – Emociones – Teología fundamental

ABSTRACT

In recent decades, the so-called affective turn has significantly reshaped the way human sciences understand experience, knowledge, and social life. This article offers a theological dialogue with this contemporary sensibility through an emerging category: tenderness. From a fundamental theological perspective, it examines the cognitive value of emotions, traces the presence of tenderness in Sacred Scripture, explores its theological implications in the work of Carlo Rocchetta, and highlights its central role in Pope Francis' pastoral vision. Far from reducing tenderness to a fleeting or decorative feeling, this paper presents it as an embodied form of love, a hermeneutical key to understanding God's action, and a concrete path for spiritual and social transformation.

Keywords: Tenderness – Affective Turn – Emotions – Fundamental Theology

1. Introducción

En los últimos años, se ha presenciado una transformación profunda en las formas de comprender al ser humano, sus relaciones y su modo de habitar el mundo. Este cambio, conocido como “giro afectivo”, ha atravesado múltiples disciplinas –desde la filosofía hasta la sociología, desde la antropología hasta la educación– y ha puesto en el centro de la reflexión académica una dimensión tantas veces marginada: la afectividad. Esta sensibilidad renovada no implica simplemente un cambio de temas o de lenguajes, sino una verdadera mutación epistemológica que cuestiona la primacía absoluta de la razón instrumental y reconoce que las emociones, los vínculos y el cuerpo también son fuentes legítimas de conocimiento y de sentido.

Ahora bien, este giro no está exento de tensiones. Si bien ha permitido visibilizar aspectos fundamentales de la experiencia humana, también ha sido acusado de caer en formas de emocionalismo acrítico o subjetivismo ético. En este contexto, la teología —en cuanto reflexión creyente sobre el misterio de Dios y sobre el ser humano a la luz de la revelación— tiene una doble responsabilidad, por un lado, discernir los aportes y límites de esta sensibilidad contemporánea, y por otro, ofrecer una palabra significativa que, sin renunciar a su fundamento trascendente, sea capaz de dialogar con los desafíos culturales del tiempo actual.

Este artículo busca responder a esa doble tarea a partir de una pregunta central: ¿cómo puede la ternura, entendida no solo como emoción, sino como forma de relación y categoría teológica, iluminar el pensamiento cristiano actual en diálogo con el giro afectivo contemporáneo? Frente a una cultura marcada por la desconfianza, la fragmentación y la sobreexposición emocional, se propone recuperar la ternura como forma encarnada del amor, como expresión de la alteridad radical y como vía de acceso a lo divino.

Para ello, se plantea una propuesta teológico-fundamental que parte del reconocimiento de la afectividad como dimensión estructurante del ser humano en diálogo con las ciencias humanas, la antropología cristiana y una lectura creyente de la historia de la salvación. El hilo conductor será la ternura, comprendida como un amor que se hace visible, que se encarna en gestos concretos de cuidado, atención y acogida. Lejos de reducirse a un sentimiento efímero, se la asumirá como un dinamismo estructural del sujeto, que transforma el vínculo con Dios y con los otros.

A nivel metodológico, esta investigación se apoya en el análisis hermenéutico de fuentes filosóficas, teológicas y magisteriales, especialmente en el

pensamiento del teólogo italiano Carlo Rocchetta, que ha desarrollado una teología sistemática de la ternura, en las enseñanzas del papa Francisco y en los aportes de algunos filósofos personalistas como Gabriel Marcel, Jacques Maritain, Dietrich von Hildebrand y Maurice Nedoncelle¹. Asimismo, se incorpora la contribución de autores contemporáneos que han dado luces a la comprensión de los efectos del llamado “giro afectivo”, como Martha Nussbaum, Arlie Hochschild y Byung-Chul Han, con el fin de enriquecer el análisis desde contextos culturales actuales. El objetivo de este artículo es doble, por un lado, ofrecer una comprensión teológica de la ternura enraizada en una antropología relacional, y por otro, mostrar su pertinencia ante la lógica de la indiferencia y el individualismo contemporáneo.

La estructura del artículo se organiza en ocho apartados: una introducción al “giro afectivo” y sus implicaciones para la teología contemporánea; una reflexión sobre el valor gnoseológico de la afectividad y su vínculo con la ternura; una comprensión de la ternura como forma de conocimiento encarnado; una revisión del impacto del “giro afectivo” en la teología y su llamado a una comprensión integral del ser humano; la formulación de la ternura como categoría teológica en diálogo con la afectividad; el desarrollo de la teología de la ternura en el pensamiento de Carlo Rocchetta; la recepción y consolidación de esta perspectiva en el magisterio del papa Francisco, donde la ternura se convierte en estilo y programa pastoral; y, finalmente, una conclusión que plantea la ternura como clave hermenéutica para la comprensión de Dios y del ser humano en el horizonte de una espiritualidad relacional, encarnada y transformadora.

2. El giro afectivo y la recuperación de lo sensible

En las últimas dos décadas, diversas disciplinas de las ciencias humanas y sociales han experimentado un viraje significativo en la forma de comprender la experiencia humana: el llamado “giro afectivo”. Esta transformación epistemológica representa un reposicionamiento crítico frente a la tradición racionalista y dicotómica que por siglos fragmentó razón y emoción, cuerpo y mente, lenguaje y afecto. El “giro afectivo” no

¹ Estos autores pueden inscribirse dentro de las diversas corrientes del personalismo del siglo XX. Gabriel Marcel representa un personalismo de orientación existencial, centrado en la experiencia de la disponibilidad, la fidelidad y el misterio del ser (Marcel, 1996). Jacques Maritain, por su parte, desarrolla un personalismo de raíz tomista, articulado en torno a la noción de la persona como sujeto espiritual con vocación trascendente y relacional (Maritain, 1999). Dietrich von Hildebrand, desde una perspectiva fenomenológica, subraya la centralidad del corazón como sede del amor y la respuesta a los valores, ofreciendo una reflexión rigurosa sobre la afectividad como dimensión espiritual (Von Hildebrand, 2009). Finalmente, Maurice Nédoncelle propone un personalismo dialógico, donde el ser de la persona se constituye en el encuentro y en la relación “yo-tú”. Si bien no todos utilizan explícitamente la categoría de ternura, sus contribuciones antropológicas, éticas y ontológicas permiten fundamentarla filosóficamente como forma relacional y encarnada del amor (Vásquez, 1991).

supone una exaltación acrítica de lo emocional, sino una apertura a modos más integrales de comprender lo humano, reconociendo que los afectos no son irracionalidades residuales, sino formas de acceso a la realidad cargadas de sentido, valoración y vínculo. Como han señalado Lara y Enciso (2013), este giro no ofrece una única mirada ni una terminología cerrada, sino que “el nuevo lector de la vida social tiene diferentes caras [y] la relación entre la emoción, los sentimientos y el afecto representa el marco de la fotografía” (p. 108) con la que se retrata la realidad.

Esta transformación también ha impactado el campo filosófico y teológico, aunque su recepción ha sido desigual. Tradicionalmente, muchas corrientes privilegiaron una visión centrada en una antropología racionalista, pero cada vez más voces reconocen que la afectividad no solo acompaña, sino que participa activamente en la constitución del sujeto moral, espiritual y relacional. Desde esta perspectiva, la emoción no se concibe únicamente como una reacción biológica o un estado subjetivo pasajero, sino como una forma genuina de conocimiento². En este sentido las emociones emergen como actos intencionales que revelan la manera en que el sujeto valora su entorno y orienta su acción. Así lo sostiene Pinedo (2024) al afirmar que “las emociones son actos intencionales dirigidos a valores” (p. 208), una intuición que ha sido desarrollada por autores contemporáneos como Robert Solomon³ y Martha Nussbaum⁴, quienes subrayan que:

2 Las emociones son mecanismos instintivos, naturales: para estudiarlas, el autor toma como referencia la obra de Darwin *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales* (1872) y entrelaza sus tesis con consideraciones de diversas fuentes que van desde la Eneida hasta Paul Ekman, desde Aristóteles hasta Shakespeare (Martín, 2023, p. 176)

3 Robert Solomon ha sido una de las voces pioneras en replantear filosóficamente el papel de las emociones, alejándose tanto del racionalismo clásico como del reduccionismo neurocientífico. En su obra *Ética emocional: una teoría de los sentimientos* (2007) afirma que “no solo somos animales racionales, según la célebre definición de Aristóteles, también tenemos emociones, vivimos nuestra vida mediante nuestras emociones, y son estas las que dan sentido a nuestra vida” (p. 15). Desde esta perspectiva, defiende una concepción ética de las emociones, en la que estas no son meras respuestas biológicas o distorsiones del juicio, sino realidades cargadas de sentido, valores y decisiones. En diálogo crítico con las ciencias contemporáneas, especialmente la neurociencia, Solomon mantiene una postura que reconoce los aportes científicos sin renunciar a una lectura humanista y filosófica de la afectividad. Su propuesta resulta clave para el pensamiento actual sobre el “giro afectivo” al mostrar cómo las emociones son estructuras intencionales que nos vinculan éticamente con el mundo, los otros y nosotros mismos.

4 Martha C. Nussbaum ha realizado aportes fundamentales al estudio de las emociones desde una perspectiva filosófico-moral, proponiendo que las emociones son juicios de valor que reflejan lo que una persona considera importante para su bienestar y para la vida en común. Esta interpretación ha sido desarrollada en obras como *Paisajes del pensamiento: La inteligencia de las emociones* (2008), donde argumenta que las emociones tienen una estructura cognitiva compleja que articula nuestra percepción del mundo y nuestro compromiso ético. Asimismo, en *Justicia poética* (1997) y *La terapia del deseo* (2003), Nussbaum relaciona las emociones con la literatura, la vida pública y la tradición helenística, explorando su papel en la deliberación moral. Aunque su marco teórico ofrece valiosas herramientas para comprender la dimensión pública y formativa de los afectos, en este estudio su propuesta es considerada desde una mirada crítica. En efecto, la absolutización de la emoción como

el cambio físico que se da en algunas experiencias emocionales, en sí mismo, no es suficiente para explicar la diversidad y la riqueza de la expresión emocional humana, ya que en su raíz las emociones están precedidas de actos de valoración que son los detonantes de diversas actitudes y comportamientos (Pinedo, 2024, p. 207).

Podríamos afirmar que las emociones han dejado de ser comprendidas como elementos periféricos para ser reconocidas como fuerzas constitutivas del conocimiento, la acción, el aprendizaje y las relaciones sociales. En esta misma línea, William Lyons (1993) sostiene que las emociones no son reacciones meramente fisiológicas, sino respuestas complejas ante estímulos del entorno, caracterizadas por una valoración positiva o negativa de un objeto intencional (p.279).

Esta perspectiva permite comprender que las emociones no solo acompañan la experiencia humana, sino que la estructuran desde su núcleo valorativo. Lejos de reducirse a lo individual, los afectos se entienden como dimensiones relacionales que configuran los vínculos humanos, los discursos y las prácticas institucionales. Por ello, este giro exige no solo un ajuste metodológico, sino una renovación epistemológica y ética que invita a repensar la producción de conocimiento desde una escucha más atenta a las vivencias concretas de los sujetos (Tanzi et al., 2025, p.408).

El “giro afectivo” ha puesto de relieve que las emociones no son meras experiencias privadas, sino realidades que atraviesan la vida social, cultural y económica. Arlie Hochschild abrió este campo con el concepto “trabajo emocional”⁵, mostrando cómo los afectos pueden ser gestionados y comercializados en los entornos laborales. Desde un enfoque filosófico, Byung-Chul Han denunció que el neoliberalismo convierte las emociones

núcleo de la vida ética –sin una referencia explícita a la verdad objetiva del ser humano y su vocación al bien– puede conducir a formas de subjetivismo moral que entran en tensión con una antropología teológica fundada en la alteridad, la trascendencia y el amor verdadero como don y acogida. Por ello, se cita su trabajo como un referente significativo del “giro afectivo”, aunque no como base sustancial del planteamiento.

5 Arlie Russell Hochschild (1940) es una socióloga estadounidense que, a lo largo de casi cinco décadas de investigación, ha realizado valiosas contribuciones a los estudios sobre emociones, género, familia, trabajo y cuidados. Su propuesta del concepto de “emotional labor” (trabajo emocional), desarrollada especialmente en *The Managed Heart: The Commercialization of Human Feeling* (1983), mostró cómo las emociones pueden ser gestionadas, reguladas e incluso comercializadas, particularmente en el sector de servicios. Este enfoque abrió nuevas perspectivas para comprender los afectos como capital social y económico, superando la idea de que las emociones pertenecen exclusivamente al ámbito privado. Así, sus investigaciones –como también se evidencia en *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home* (1989) y *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work* (1997)– permitieron observar cómo los sentimientos no solo impactan la vida interior, sino que estructuran las dinámicas laborales y familiares, convirtiéndose en un punto de partida fundamental para lo que posteriormente se denominó el giro afectivo. (cf. Wharton, 2011).

en instrumentos de autoexplotación y mercancía, generando subjetividades frágiles y agotadas⁶. En el plano sociológico, Peter Stearns y Samária Andrade evidenciaron cómo las emociones estructuran instituciones, marcos culturales y formas de poder, lo que llevó al concepto “sociedades afectivas”⁷. Finalmente, Lara y Enciso han resaltado la dificultad terminológica del campo, en el que conviven categorías como emoción, afecto y sentimiento, mostrando así la riqueza y transversalidad de esta dimensión humana⁸. En conjunto, estos aportes permiten comprender tanto las posibilidades como las patologías del giro afectivo, y justifican la necesidad de abrir un horizonte teológico en el que la ternura aparezca como clave hermenéutica capaz de restituir la densidad relacional y trascendente de los vínculos humanos.

Desde aquí, la reflexión teológica encuentra un desafío y una oportunidad: asumir que los afectos, lejos de ser un añadido secundario, forman parte del conocimiento de Dios y de la vida cristiana. La teología, en fidelidad a la Revelación, está llamada a integrar la dimensión afectiva como expresión encarnada de un Dios que ama con corazón humano. Aquí vale la pena recordar las palabras del papa Francisco:

Porque es indudable que a lo largo de la historia y en diversas partes del mundo el corazón se ha convertido en símbolo de la intimidad más personal y también de los afectos, las emociones, la capacidad de amar. Fuera de toda explicación científica, una mano colocada en el corazón de un amigo expresa un afecto especial; cuando una persona se enamora y está cerca de la persona amada, los latidos se

6 Byung-Chul Han, en *La sociedad de la transparencia* (2013) y *La sociedad del cansancio* (2022), ofrece una crítica filosófica de gran calado: sostiene que en el neoliberalismo los afectos se convierten en mercancía y en combustible para la autoexplotación. Según Han, la sobreexposición emocional y la exigencia de positividad perpetua han dado lugar a subjetividades agotadas y frágiles, atrapadas en una lógica de rendimiento ilimitado. Su diagnóstico es relevante porque advierte de las patologías del giro afectivo: lo que nació como reivindicación de la afectividad termina, en contextos neoliberales, en desgaste, indiferencia y fragmentación.

7 Peter Stearns junto con Carol Stearns en su artículo *Emotionology: Clarifying the History of emotions and emotional standards*, y Samária Andrade en su artículo *Quem tem medo das das emoções?*, muestran que las emociones no son fenómenos aislados, sino fuerzas que estructuran instituciones, marcos culturales y relaciones de poder. Su trabajo se complementa con el de Greco y Stenner (2008), quienes acuñaron la idea de “sociedades afectivas”, donde los sentimientos actúan como mecanismos de regulación social. Estos aportes son decisivos porque ubican el giro afectivo en procesos sociales amplios, ayudando a comprender cómo los afectos no solo moldean la vida individual, sino también la organización de comunidades, culturas y políticas.

8 Alí Lara y Giazú Enciso en el artículo *El giro afectivo* (2013) describen el giro afectivo como un giro “poliamoroso”, en el que conviven múltiples categorías –emoción, afecto, sentimiento, sensibilidad– cuyas fronteras no siempre son claras. Esta polisemia, lejos de ser un problema, refleja la riqueza y transversalidad de la afectividad como dimensión humana. Su aporte ofrece un marco de comprensión flexible que permite integrar distintas disciplinas y, en un plano teológico, abrirse a categorías como la ternura, que no se agotan en lo psicológico ni en lo sociológico, sino que remiten al núcleo ético y espiritual de la experiencia humana.

aceleran; cuando alguien sufre un abandono o un engaño de parte de una persona amada, siente como una fuerte opresión en el corazón. Por otra parte, para expresar que algo es sincero, que brota realmente del centro de la persona, se afirma: ‘te lo digo de corazón’. El lenguaje poético no puede ignorar la fuerza de estas experiencias. Por eso es inevitable que durante la historia el corazón haya alcanzado una fuerza simbólica única que no es meramente convencional. (Francisco, 2024, n.53)

Conocer a Dios no es, entonces, una operación abstracta, sino una relación personal que transforma al sujeto y que incluye sus modos de sentir, de mirar, de acoger y de amar. De este modo, la teología de la ternura no sentimentaliza el discurso, sino que ofrece una vía encarnada, relacional y transformadora para pensar el misterio del amor divino.

3. Ternura y conocimiento: el valor gnoseológico de la afectividad

El marco epistemológico, que reconoce el valor cognitivo de las emociones, permite recuperar una tradición filosófica que, sin negar la racionalidad, ha afirmado que la experiencia afectiva participa del acto de conocer. Desde Franz Brentano, quien sostenía que “las emociones son actos intencionales dirigidos a valores hasta William Lyons que subraya, como ya lo hemos dicho antes, que las emociones están caracterizadas por una valoración positiva o negativa” (Pinedo, 2024, p.208), se perfila una comprensión de los afectos no como formas legítimas de aprehender el mundo. Robert Solomon y Martha Nussbaum, por su parte, han señalado que el cambio fisiológico no basta para explicar la riqueza de la vida emocional humana; en realidad, las emociones están precedidas por actos de juicio y valoración y son esas evaluaciones las que desencadenan comportamientos, decisiones y vínculos significativos (Pinedo, 2024, p.207). Desde esta perspectiva, sentir es una forma de conocer. Esta afirmación, lejos de ser una consigna romántica, parte de la convicción de que el ser humano no conoce solamente con la razón, sino también con el cuerpo y con la sensibilidad que lo conecta a los otros y al mundo.

En este contexto se propone una primera aproximación a la ternura, no como un sentimiento difuso o una mera disposición afectiva, sino como una forma específica de relación. La ternura será entendida aquí como un amor que se hace visible, que sale al encuentro del otro, que se percibe a través de los sentidos y que se expresa tanto en gestos sensibles como en una opción vital permanente. En ella, se conjugan la mirada que reconoce, el tacto que cuida, la palabra que consuela y la presencia que sostiene. A diferencia de la empatía, que puede ser momentánea, o de la compasión, que puede implicar una relación asimétrica, la ternura implica una proximidad no invasiva, una

atención amorosa que dignifica al otro sin absorberlo. Es, en este sentido, un modo de conocimiento encarnado, relacional y transformador.

4. Sentir para conocer: una aproximación a la ternura

En su libro *Emoción*, Lyons (1993) sostiene que las emociones son respuestas complejas ante el entorno, que incluyen componentes fisiológicos pero que se caracterizan principalmente por una valoración positiva o negativa del objeto (persona, cosa, acontecimiento o situación). Esta valoración moviliza actitudes, decisiones y comportamientos que:

El modo concreto como estas emociones o pasiones paradigmáticas se originan depende de si la emoción en cuestión es directa o indirecta. Las pasiones directas, tales como el deseo, la aversión, la tristeza, la alegría, la esperanza, el miedo, la desesperación y la confianza son el resultado de la asociación directa del placer y el dolor, el bien y el mal con algún aspecto o cualidad de cierto objeto. La alegría, por ejemplo, es la impresión inmediata o directa del placer asociado con alguna cosa (pp.17-18)

Este planteamiento implica reconocer que las emociones tienen un carácter cognitivo: permiten acceder a lo real de una manera distinta —y complementaria— a la razón discursiva. Por ello, no sorprende que el “giro afectivo” haya puesto en crisis una concepción del conocimiento que privilegia únicamente la objetividad racionalista, proponiendo en cambio un enfoque que valore la experiencia, la subjetividad encarnada y la vida relacional como fuentes legítimas de verdad. Lejos de oponerse a la razón, la afectividad constituye una dimensión indispensable para la comprensión integral del ser humano.

Este marco permite repensar la ternura más allá de su dimensión afectiva espontánea, como una forma encarnada de conocimiento. Amar con ternura, tocar con ternura, mirar con ternura, no son solo gestos sensibles, sino actos que expresan una comprensión profunda del otro como digno de cuidado. En este sentido, se puede afirmar que la ternura, como amor que se hace visible y próximo, es también una forma de “sabiduría del cuerpo” que reconoce la vulnerabilidad ajena como un llamado moral.

Desde aquí se abre el paso a la teología, pues si el conocimiento de Dios no es ajeno a la experiencia humana, entonces esta forma de conocer, afectiva, encarnada y relacional, no solo tiene cabida en el pensamiento teológico, sino que puede iluminar nuevas formas de comprender la revelación y el encuentro con lo divino.

5. La teología de la encarnación ante el giro afectivo

Aunque el “giro afectivo” surgió en el ámbito de las ciencias sociales y del pensamiento filosófico contemporáneo, su resonancia no se detiene allí. La teología, cuya tarea es pensar la fe desde la experiencia concreta del ser humano, está llamada también a replantearse sus enfoques cuando la comprensión de lo humano se enriquece. No se trata de adaptar acríticamente modas culturales, sino de reconocer que la revelación cristiana no ha sido transmitida por ideas abstractas, sino por la historia de un Dios que se hizo carne y compartió nuestras emociones, vínculos, fragilidades y pasiones.

Como señala el teólogo latinoamericano Carlos María Galli (2014), el cristianismo es la religión del “Dios humanado”, del Dios con entrañas de misericordia, cuya presencia en el mundo se da en el rostro de un hombre concreto, Jesús de Nazaret. Esta afirmación no solo expresa una verdad cristológica, sino que interpela directamente a la teología contemporánea, pues “la vida de Jesús está tejida de palabras y gestos profundamente afectivos: se compadece, llora, abraza, acaricia, se deja tocar, se conmueve, grita, tiembla, ama” (p.56). Así, el rostro tierno de Jesús revela el rostro mismo del Padre, haciendo de la afectividad una dimensión constitutiva de la revelación. No es posible, por tanto, una teología cristiana desarraigada del cuerpo, de las relaciones y de la sensibilidad que habita la vida humana.

En esta línea, el afecto es una vía teológica para comprender el amor divino. El papa Francisco lo ha subrayado insistentemente: “Dios no nos mira con frialdad, sino con entrañas de misericordia; nos acaricia, se inclina, nos toca, nos sana” (Francisco, 2013, n.88). Esta afirmación no es solamente pastoral, remite a una tradición teológica que reconoce en la encarnación un acto de profunda condescendencia amorosa, en la que la afectividad no es periférica, sino esencial para revelar la cercanía de Dios.

La teología moral, la antropología teológica, la espiritualidad y la pastoral están llamadas a asumir este horizonte afectivo, no como un debilitamiento del rigor, sino como una profundización en la humanidad integral del creyente. Con ello, se amplía la comprensión de la santidad cristiana, ya no como negación de lo sensible, sino como integración armoniosa del corazón, del cuerpo y de la inteligencia en una vida configurada por el amor. En este contexto, la ternura emerge como categoría teológica que permite articular afectividad y revelación, corporeidad y trascendencia, ética y espiritualidad. No se trata de sentimentalismo ni de mera emoción superficial, sino de una forma concreta, sensible y comprometida de amor, que hunde sus raíces en el corazón mismo del Evangelio y de la experiencia cristiana.

6. La ternura como categoría teológica en clave afectiva

El reconocimiento de la ternura como categoría teológica responde a una sensibilidad afectiva y relacional que ha comenzado a permear no solo la reflexión académica, sino también los cambios culturales más amplios de nuestra sociedad. En un contexto donde lo emocional y lo corporal han cobrado nueva centralidad, también la teología está llamada a redescubrir dimensiones olvidadas de la revelación cristiana. No se trata de añadir un adorno sentimental al discurso de la fe, sino de recuperar una verdad antigua que hoy interpela con nueva fuerza: Dios no solo ama, sino que ama con ternura. Esta afirmación no se restringe al ámbito cristológico, aunque en Cristo alcanza su plenitud, sino que atraviesa toda la historia de la salvación. Ya en el Antiguo Testamento, Dios se revela como un Dios de entrañas compasivas, que carga a su pueblo como a un niño, que lo guía con lazos de ternura, que se conmueve ante su sufrimiento (Os 11,3-4; Is 49,15; Dt 1,31). Esta línea de continuidad bíblica encuentra su expresión más cercana en la vida de Jesús, cuyos gestos –llorar, tocar, abrazar, dejarse tocar– manifiestan un amor que se hace sensible, próximo y concreto.

Desde esta perspectiva, la ternura puede entenderse como una forma particular del amor: un amor que se hace sensible, que se expresa en la cercanía, que acoge la fragilidad del otro y que se traduce en gestos concretos de compasión y cuidado. Como lo ha subrayado el papa Francisco en múltiples ocasiones, la ternura no es debilidad, sino fortaleza del amor cuando se encarna en la cercanía concreta: “La ternura es el amor que se hace cercano y concreto. Es un movimiento que parte del corazón y llega a los ojos, a los oídos, a las manos” (Francisco, 2020, n.194).

Este tipo de amor afectivo y transformador no solo pertenece al ámbito de la pastoral o de la espiritualidad, sino que debe permear toda reflexión teológica sobre Dios y sobre el ser humano. La ternura, en este sentido, se convierte en un modo privilegiado de expresar la condescendencia divina y la dignidad del otro. Es un lenguaje encarnado del amor que, lejos de ser sentimental, responde a una lógica evangélica radical: la del cuidado de los últimos, la del consuelo al afligido, la del abrazo al pecador arrepentido, la de la caricia al leproso marginado.

En diálogo con el giro afectivo, esta propuesta no pretende sustituir la centralidad de la razón teológica, sino complementarla desde una dimensión afectiva que ha sido muchas veces marginada. Como señala Carlos María Galli (2014), la “opción por los pobres” no es solo una exigencia ética o social, sino una categoría teológica, profundamente anclada en la revelación del Dios misericordioso que se conmueve por el dolor humano (cf. Francisco, 2013, n.193-198). En este marco, la ternura emerge como el rostro visible de

esa misericordia: una mediación afectiva que hace presente el amor de Dios en la historia.

7. La ternura como categoría teológica en el pensamiento de Carlo Rocchetta

Carlo Rocchetta afirma que “la ternura es sentirse amado y amar, dando gracias al Altísimo por el don de la vida, con pureza de corazón y gratitud. Una ternura así no se impone, nos es dada; se acoge y se comparte más que enseñarse” (Rocchetta, 2005, p. 11)⁹. Esta concepción revela que la ternura, lejos de ser una técnica o una estrategia afectiva, es ante todo una experiencia espiritual que brota del don recibido y se traduce en relación. Implica una actitud contemplativa y agradecida ante la vida, que se expresa en gestos sencillos, pero profundamente significativos. Desde esta perspectiva, Rocchetta no presenta la ternura como una cualidad opcional del amor cristiano, sino como su expresión más auténtica y encarnada, capaz de renovar la mirada, sanar vínculos y abrir caminos de comunión.

Esta comprensión no nace de una abstracción teórica, sino de la contemplación del modo concreto en que Dios actúa en la historia. A partir del Antiguo Testamento, Carlo Rocchetta ha mostrado cómo el lenguaje bíblico expresa el amor de Dios a través de términos profundamente corporales y afectivos. El concepto *rahamim* según Carlo Rocchetta y Rosalba Manes (2016), derivado de las raíces *rhn* y *hnn*, “remite a las entrañas en cuanto sede de la sensibilidad y de los afectos más tiernos, y equivale al ‘corazón’ entendido como centro simbólico del sentir amoroso” (p.33)¹⁰. Así, la ternura no es un sentimiento abstracto, sino una forma de amor fuerte y visceral, que desborda hacia el otro con intensidad compasiva.

En los salmos y los textos proféticos, este amor tierno y entrañable se describe como un Dios que se abaja y se inclina hacia el que sufre, que escucha el clamor del oprimido, lo abraza y lo salva: un Dios que actúa como madre que consuela, que amamanta, que carga a sus hijos en brazos (Is 66,12-15). De este modo, Rocchetta afirma que Yahveh es un Dios poderoso, pero que también acaricia a sus pequeños con una delicadeza infinita, más aún que una madre. Por tanto, la ternura de Dios se revela como un dinamismo de compasión activa que transforma las relaciones humanas y prepara el camino para el abrazo mesiánico definitivo (Rocchetta y Manes, 2016, p.52-53). Esta fuerza transformadora de la ternura se manifiesta de modo

9 Traducción propia de: “Tenerezza è sentirsi amati e amare, dicendo grazie all’Altissimo per il dono della vita, con purezza di cuore e riconoscenza. Una simile tenerezza non si ordina, ci è donata e basta; essa si accoglie e si condivide, più che insegnarla”

10 Traducción propia de: “*Rahamim* rimanda alle viscere in quanto sede della sensibilità e degli affetti più teneri, ed equivale al «cuore» compreso come centro simbolico del sentire amante”

ejemplar en la figura del Siervo de Yahveh: “Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca” (Is 53,7). El comienzo de este versículo es vincula por Rocchetta a la debilidad redentora de Cristo y afirma que “la ternura de Dios nos revela el rostro de un Dios que se convierte en nuestro prójimo, en nuestro compañero de viaje, asumiendo sobre sí nuestra debilidad para transformarla en gracia de salvación para todos” (Rocchetta, 2013b, p. 148)

Rocchetta afirma que la ternura posee una doble dimensión: teológica y antropológica. Teológicamente, expresa el modo en que Dios ama, se comunica y se acerca al ser humano. Antropológicamente, revela lo más hondo de la vocación humana: “ser ternura”, no simplemente “tener ternura”(Rocchetta, 2013b, p.75). Es decir, la ternura no es un atributo accesorio, sino una cualidad estructural del ser creado a imagen y semejanza de un Dios que es ternura. La ternura “no pertenece simplemente a la lógica del tener, sino del ser, y expresa la estructura metafísica de la persona en su aspiración profunda e indestructible” (Rocchetta, 2013b, p.56): el amor.

Al hablar de metafísica, Rocchetta implica que es necesario reconocer una “correspondencia igualmente profunda entre la ternura humana y la ternura divina: la una sostiene la otra y la cumple” (Rocchetta, 2013b, p.57) . Este anclaje ontológico tiene consecuencias antropológicas de gran calado, pues plantea que la ternura es un camino privilegiado para comprender la identidad relacional del ser humano y su apertura radical al amor como vocación constitutiva. Desde esta perspectiva, se supera la fragmentación que durante siglos ha escindido cuerpo y espíritu, razón y afectividad, gracia y naturaleza. En la ternura se integran el corazón, la palabra, el gesto y la mirada: es toda la persona la que entra en relación. Por eso, Rocchetta propone una “teología de la ternura” no como una sentimentalidad de la fe, sino como una vía para redescubrir su núcleo más humano y divino a la vez.

Esta comprensión tiene, además, implicaciones pastorales, morales y comunitarias. Carlos Rocchetta, al investigar la fuerza del abrazo, entendido como contacto, como entrada corpórea en relación con el otro, afirma que el amor que no toca, que no consuela, que no se conmueve, no es verdaderamente cristiano. Desde esta perspectiva, plantea que el abrazo, para ser expresión auténtica de ternura, requiere una mirada madura que reconozca al otro como sujeto y no como objeto:

Una cosa se estudia y se posee, una persona se encuentra y se respeta; una cosa se utiliza, una persona interpela; una cosa está allí, una persona es viva, lleva una historia, temores y esperanzas... Solo cuando

se conjuga con la madurez afectiva, el abrazo se presenta como signo de intercambio y de ternura, y no crea situaciones de dominio o dependencia (Rocchetta, 2013a, p. 65)¹¹.

De esta manera, podemos comprender que la ternura implica el encuentro con un otro en su totalidad, y se vuelve un criterio de autenticidad evangélica y una fuerza transformadora en las relaciones familiares, eclesiales y sociales. Esta dimensión profundamente relacional y sanadora de la ternura no permanece confinada al ámbito de la reflexión teológica, sino que ha sido asumida con fuerza en el corazón del magisterio contemporáneo.

8. La teología de la ternura en el magisterio del papa Francisco

La ternura ha dejado de ser una categoría secundaria o meramente afectiva en el pensamiento eclesial contemporáneo. Gracias al impulso del papa Francisco, esta noción ha adquirido una fuerza teológica, pastoral y espiritual central en la propuesta de renovación eclesial que él ha promovido desde el inicio de su pontificado. En la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, Francisco presenta la ternura como el modo en que Dios se acerca a la humanidad y como la clave para toda acción pastoral auténtica. Su llamado a una “revolución de la ternura” (Francisco, 2013, n. 68) no es un recurso retórico, sino una síntesis profunda de su comprensión del Evangelio, de la misericordia y de la dignidad humana, como él mismo ha repetido en múltiples ocasiones. Esta propuesta, sin embargo, se encuentra con resistencias internas dentro de la misma Iglesia. En palabras del Papa:

El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura (Francisco, 2013, n.88)

La Iglesia está llamada a ser una madre que cuida, que protege a todos sus hijos, cercana a las heridas del pueblo, capaz de tocar la carne sufriente de Cristo en los pobres y vulnerables. Francisco afirma que la ternura es el

¹¹ Traducción propia de: “Ogni persona, infatti, è assolutamente diversa da una cosa: una cosa si studia e si possiede, una persona s'incontra e si rispetta; una cosa si conosce e si può utilizzare per le proprie esigenze, una persona si rivela e m'interpella a uno scambio alla pari; una cosa «sta lì» come qualcosa d'inerme, una persona è viva, porta in sé una storia, delle attese e delle paure; una cosa è quello che è, una persona cambia, si progetta e include una miniera di possibilità. Da questo punto di vista, è evidente che solo quando si coniuga con la maturità affettiva, l'abbraccio si presenta come segno di scambio e di tenerezza, e non crea situazioni di dominio o dipendenza”.

lenguaje de los más pequeños, de los que necesitan al otro, de los que no bastan a sí mismos y que es en esa experiencia donde se revela el rostro de Dios (Francisco, 2013, n.270). Esta visión se complementa con una dimensión mariana profundamente arraigada en la espiritualidad del Papa:

cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. Ella nos enseña que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, y que la compasión activa puede convivir con una profunda búsqueda de justicia. María, que sabe reconocer las huellas del Espíritu en lo cotidiano y que actúa “sin demora” para auxiliar a los demás (cf. Lc 1,39), encarna esa dinámica de contemplación y salida, de cuidado y compromiso. Por eso, se convierte en modelo eclesial para la evangelización: una Iglesia que, a imagen suya, sea hogar cálido y madre abierta a todos los pueblos, anunciando con ternura el nacimiento de un mundo nuevo, sostenido por la promesa del Resucitado: ‘Yo hago nuevas todas las cosas’ (Ap 21,5) (Francisco, 2013, n.288).

Este énfasis no es aislado. En documentos como *Amoris Laetitia* (2016) y *Fratelli Tutti* (2020), la ternura aparece como una actitud cristiana fundamental, no solo en el ámbito familiar, sino también en la vida social, política y eclesial. En *Fratelli Tutti*, el Papa presenta la ternura como el camino más humano y más divino para vivir la fraternidad y contrarrestar la cultura del descarte:

¿Qué es la ternura? Es el amor que se hace cercano y concreto. Es un movimiento que procede del corazón y llega a los ojos, a los oídos, a las manos. [...] La ternura es el camino que han recorrido los hombres y las mujeres más valientes y fuertes (Francisco, 2020, n.194).

Este estilo de amor activo y sensible encuentra lugar incluso en el ámbito político, donde, según el Papa, “los más pequeños, los más débiles, los más pobres deben enternecernos: tienen ‘derecho’ de llenarnos el alma y el corazón. Sí, ellos son nuestros hermanos y como tales tenemos que amarlos y tratarlos” (Francisco, 2020, n.194) .

En el Discurso en la clausura de la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, Francisco alerta sobre cinco tentaciones que pueden obstaculizar la irradiación del verdadero amor de Dios: la dureza de corazón que impide dejarse sorprender por un Dios siempre en movimiento; el buenismo destructivo que trivializa la misericordia, presentando una imagen debilitada de Dios incapaz de sanar; la deformación de la Palabra, ya sea volviéndola ininteligible o vaciándola de su misterio; la búsqueda de agradar al mundo, bajándose de la Cruz, y el descuido del *Depositum fidei*,

como si fuéramos dueños y no custodios (Francisco, 2014). En este marco, la ternura se configura como una vía de autenticidad evangélica, capaz de atravesar estas tensiones con la fuerza del amor encarnado y del cuidado que brota del corazón de Cristo. Así, el mensaje del Papa no se sitúa en los extremos ideológicos, sino en el centro vivo del Evangelio, desde una teología centrada en la persona humana en relación con un Dios cercano, que desea darse a conocer.

Francisco no propone una ternura edulcorada o evasiva, su propuesta se sitúa en la línea de una teología encarnada, que reconoce que el amor de Dios se expresa en gestos concretos, en la compasión activa, en la cercanía real. La ternura, lejos de ser sinónimo de debilidad, representa una fortaleza que no aplasta, un poder que se inclina y se acerca con respeto:

como consecuencia de recibir la ternura de Dios podemos hacernos esta otra pregunta: ¿Tenemos el coraje de acoger con ternura las situaciones difíciles y los problemas de quien está a nuestro lado, o bien preferimos soluciones impersonales, quizás eficaces, pero sin el calor del Evangelio? ¡Cuánta necesidad de ternura tiene el mundo de hoy! Paciencia de Dios, cercanía de Dios, ternura de Dios (Francisco, 2014).

Así, Francisco nos invita a dejar atrás la rigidez de las respuestas impersonalizadas para recuperar el calor evangélico que transforma la vida desde dentro.

Aunque Carlo Rocchetta ha desarrollado su reflexión teológica sobre la ternura de forma independiente y anterior al pontificado de Francisco, el énfasis que el Papa ha dado a esta categoría ha servido para consolidar su relevancia dentro del ámbito teológico y pastoral. En este contexto, Rocchetta participó activamente en el Congreso internacional Teología de la Ternura en el Papa Francisco, celebrado en Asís del 14 al 16 de septiembre de 2018, cuyas memorias fueron recogidas en el volumen *La virtù della tenerezza. Il “vangelo” di papa Francesco* (Musolino, 2019). El libro incluye ponencias de reconocidos teólogos como Pierangelo Sequeri, Massimo Borghesi y Gerard Whelan, entre otros; y una reflexión conclusiva de Rocchetta, quien destaca la ternura como un rasgo antropológico esencial y como una categoría teológica central en la vida cristiana. Más que ser un mero eco de las palabras del Papa, esta obra muestra una confluencia de perspectivas teológicas que, reconociendo la importancia del pensamiento de Francisco, enriquecen la comprensión de la ternura como un “evangelio” contemporáneo, con raíces bíblicas, antropológicas y eclesiales profundas.

En el horizonte de una fe encarnada en la historia, la ternura se revela como el rostro sensible de la justicia, una expresión concreta del amor evangélico vivido desde la compasión activa y la acogida transformadora. El papa Francisco, en continuidad con esta comprensión pastoral y siguiendo los pasos de san Juan Pablo II, retoma en *Pastores Gregis* una visión del ministerio episcopal profundamente marcada por la ternura:

Los Obispos son sucesores de los Apóstoles no sólo en la autoridad y en la potestad sagrada, sino también en la forma de vida apostólica, en saber sufrir por anunciar y difundir el Evangelio, en cuidar con ternura y misericordia de los fieles a él confiados, en la defensa de los débiles y en la constante dedicación al Pueblo de Dios (Juan Pablo II, 2003, n.43).

En esta misma línea, Francisco invita a superar el clericalismo, el autoritarismo y la indiferencia, proponiendo una espiritualidad de cercanía, de tacto humano y de misericordia, que refleje el corazón del Buen Pastor. Así, la teología de la ternura en el magisterio de Francisco va más allá la mera ética de la compasión, y se convierte en una espiritualidad encarnada, en una forma de vida eclesial que configura el modo de ser de los creyentes, de los pastores y de las comunidades. La ternura no es solo una actitud, sino una llamada a encarnar la lógica del Evangelio: aquella que dignifica, sana y transforma desde el amor que toca y se deja tocar. En palabras de Baffetti y Marcacci (2014):

el Santo Padre ha querido inaugurar su pontificado refiriéndose a la ternura como cuidado de la creación, cuidado del otro, especialmente del último, cuidado de uno mismo y de los propios sentimientos, cuidado del proyecto de Dios para el mundo; ternura como cuidar nuestro entorno y hacerlo con respeto y amabilidad. «No debemos tener miedo a la bondad, de la ternura», repitió el Papa, una ternura que no es solo una emoción superficial o cultura, la cultura de la responsabilidad y la convivencia, en oposición a cualquier anticultura de destrucción e individualismo; una encarnación del Evangelio como fuerza de amor humilde y no violencia en oposición a cualquier anticultura de brutalidad y violencia. Resumiendo el discurso del papa Francisco se podría decir: «El corazón del amor es el amor del corazón». En ese horizonte prospectivo reside el centro de todo su pontificado. La ternura es la fuerza más humilde; sin embargo, es la más poderosa para cambiar el mundo (p.7)¹²

12 Traducción propia de: "Il 'Santo Padre ha voluto inaugurare il suo pontificato, facendo riferimento alla tenerezza come custodia del creato, custodia dell'altro, specialmente dell'ultimo, custodia di sé e dei propri sentimenti, custodia del progetto di Dio sul mondo; tenerezza come prendersi cura di

9. Conclusión

El recorrido realizado en este artículo ha mostrado que la ternura, lejos de ser una emoción efímera o un adorno afectivo, se propone como una categoría fundamental para comprender al ser humano desde una perspectiva integral. En diálogo con el “giro afectivo” y las ciencias sociales, se muestra que las emociones, y en particular la ternura, no pueden reducirse a meras reacciones subjetivas, sino que forman parte del entramado cognitivo, relacional y ético que configuran y manifiestan la identidad personal.

La teología de la ternura propuesta por Carlo Rocchetta, en estrecha resonancia con el Magisterio del papa Francisco, ofrece un horizonte en el que lo emocional y lo espiritual no se excluyen, sino que se iluminan mutuamente. Desde la tradición cristiana, la ternura no solo es compatible con una antropología sólida y con una vida espiritual exigente, sino que es expresión concreta del modo en que Dios se revela y actúa en la historia: con compasión, cercanía y cuidado.

Hemos visto que la ternura puede ser entendida como afecto, sentimiento, virtud y, más profundamente aún, como una disposición estructural del ser humano. Esta afirmación se fundamenta tanto en la antropología cristiana, que reconoce al ser humano como imagen y semejanza del Dios que se revela como una relación intratrinitaria de amor, como en los aportes de la psicología y la filosofía, que permiten identificar la ternura como una forma específica de apertura al otro, una respuesta a la vulnerabilidad y una fuerza humanizadora.

El reconocimiento de la ternura como lenguaje, como ética, como estilo y como espiritualidad abre un campo fértil para la reflexión teológica y pastoral. En un mundo marcado por la violencia, la fragmentación y el utilitarismo afectivo, la ternura se presenta como resistencia evangélica: una forma de amor que no domina ni se impone, sino que se ofrece, se inclina y transforma.

Para la vida cristiana, asumir la ternura como opción existencial implica no solo sentir, sino ser. No solo expresar emociones, sino encarnar el amor

quanto ci circonda e farlo con rispetto e amabilità. «Non dobbiamo avere paura della bontà, della tenerezza», ha ripetuto il Papa. Una tenerezza che non costituisce solo un'emozione superficiale o passeggera, ma il cuore di una nuova cultura, la cultura della responsabilità e della convivialità, in opposizione a ogni anti-cultura della distruzione e dell'individualismo; un'incarnazione del Vangelo come forza dell'umile amore e della non violenza in opposizione a ogni anticultura della brutalità e della violenza. «Il cuore dell'amore è l'amore del cuore», si potrebbe dire riassumendo il discorso di papa Francesco. Risiede in un tale orizzonte prospettico, il centro di tutto il suo pontificato. La tenerezza è la forza più umile; eppure è la più potente per cambiare il mondo”.

de Dios en lo cotidiano. No solo comprender al otro, sino salir al encuentro con el corazón disponible. Esta ternura vivida y pensada, atravesada por la razón, iluminada por la fe y orientada por la caridad, puede ofrecer un camino de renovación espiritual, educativa y eclesial.

Queda abierta, entonces, una línea de investigación teológica que merece seguir desarrollándose: aquella que no teme pensar con el corazón, ni amar con la inteligencia. La ternura, en este sentido, no es solo un tema más, sino una clave para comprender el ser humano y a Dios desde la vulnerabilidad compartida, desde la relación transformadora y desde el amor que salva.

10. Referencias

- Andrade, S. (2023) Quem tem medo das emoções? *Revista eptic* v.25, n.3, 23-38.
- Baffetti, B. y Marcacci, F. (2014). *La tenerezza salverà il mondo*. Porziuncola.
- Francisco. (2013). *Evangelii gaudium: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Vatican press.
- Francisco. (2014). *Discurso en la clausura de la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos*. Vatican press.
- Francisco. (2016). *Amoris laetitia: Exhortación apostólica sobre el amor en la familia*. Vatican press.
- Francisco. (2020). *Fratelli tutti*. Vatican press.
- Francisco. (2024). *Dilexit Nos*. Vatican press.
- Galli, C. (2014). La teología pastoral de *Evangelii Gaudium* en el proyecto misionero de Francisco. *Teología*, 50(114), 23-59.
- Greco, M. y Stenner, P. (2008) *Emotions: a social Science reader*. Routledge.
- Han, B.-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Han, B.-C. (2015). *The transparency society* (E. Butler, Trans.). Stanford University Press. (Obra original publicada 2012).
- Han, B.-C. y Fernández, F. (2022). *La sociedad del cansancio* (3ª ed. ampliada). Herder.

- Hochschild, A. (1983). *The Managed Heart: The Commercialization of Human Feeling*. University of California Press.
- Hochschild, A. (1989). *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home*. Viking.
- Hochschild, A. (1997). *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work*. Metropolitan Books.
- Juan Pablo II. (2003). *Pastores Gregis: Exhortación apostólica postsinodal sobre el obispo servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo*. Vatican press.
- Lara, A., y Enciso, G. (2013). El giro afectivo. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 13(3), 101–119.
- Lyons, W. (1993). *Emoción*. Anthropos
- Marcel, G. (1996). *Ser y tener*. Caparrós.
- Maritain, J. (1999). *Humanismo integral*. Palabra.
- Martín, A. (2023). ¿Qué son las emociones? *Contrastes: Revista Internacional de Filosofía*, 28(3), 175–178.
- Musolino, M. (Ed.). (2019). *La virtù della tenerezza: Il “Vangelo” di Papa Francesco*. Porziuncola.
- Nussbaum, M. (1997). *Justicia poética: La imaginación literaria y la vida pública*. Andrés Bello
- Nussbaum, M. (2003). *La terapia del deseo: teoría y práctica en la época helenística*. Paidós
- Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento: La inteligencia de las emociones*. Paidós
- Pinedo, I. (2024). El papel de las emociones en la sociedad del rendimiento. *Sophia: Colección de Filosofía de la Educación*, 36, 201–220.
- Rocchetta, C. (2005). *Briciole di tenerezza: Per educarsi allo stupore di essere*. EDB.

- Rocchetta, C. (2013a). *Abbracciami: Per una terapia de la tenerezza. Saggio di antropologia teologica*. Dehoniane.
- Rocchetta, C. (2013b). *Teología de la ternura: Un «evangelio» por descubrir* (2ª ed.). EDB.
- Rocchetta, C. y Manes, R. (2016). *La tenerezza grembo di Dio amore: Saggio di teología bíblica*. EDB.
- Solomon, R. (2003) *Not passion's slave. Emotions and choice*. Oxford University Press
- Solomon, R. (2007) *Ética emocional: Una teoría de los sentimientos*. Paidós
- Stearns, P. y Stearns, C. (1985). Emotionology: Clarifying the History of emotions and emotional standards. *The American Historical Review*, 90(4), 813-836.
- Tanzi, A., Liberali, F., Kluge, D., Nicolaides, C. y Muñoz-Salinas, Y. (2025). A virada afetiva na linguística aplicada: movimentos e entrelaçamentos do poder das emoções no campo dos estudos da linguagem. *The Specialist*, 46(1), 407–411. <https://doi.org/10.23925/2318-7115.2025v46i1e72001>
- Vásquez, J. (1991). *Introducción al pensamiento de Maurice Nedoncelle*. Instituto Emmanuel Mounier.
- Von Hildebrand, D. (2009). *El corazón: Un análisis de la afectividad humana y divina*. Palabra.
- Wharton, S. (2011). The sociology of Arlie Hochschild. *Work & Occupations*, 38(4), 459–464.